

fui magnánimo con él. Cuando quedó rota en Marengo la segunda coalición, el rey de Nápoles, que había sido el iniciador de esta injusta guerra, quedó en Luneville abandonado por sus aliados, solo y sin defensa. Entonces imploró mi perdón, y le perdoné por segunda vez. Hace pocos meses os espera delante de las puertas de Nápoles. Tengo sobrados motivos para presentir la traición proyectada y para vengar las iniquidades que contra mí se han cometido. Fui magnánimo en otro tiempo: reconocí la neutralidad de Nápoles, os ordené que evacuarais ese reino y la casa napolitana fué por tercera vez salvada y mantenida. ¿Podremos confiar por cuarta vez en una corte sin lealtad, sin honor y sin juicio? No, no: la dinastía de Nápoles ha dejado de reinar: su existencia es incompatible con la tranquilidad de Europa y con el honor de mi corona. Soldados, en marcha; arrojad á las olas esos paráliticos batallones del tirano marítimo si llegan á oponeros resistencia. Mostrad al mundo de qué manera castigais al perjurio. No dejéis de participarme que toda la Italia está sometida á mis leyes ó á las de mis aliados, que el país mas bello del mundo está libre del yugo del mas desleal de todos los hombres; que la santidad de los tratados ha quedado vengada y que los manes de mis bravos soldados, que á su regreso de Egipto y despues de haber resistido los naufragios, los desiertos y las batallas, fueron asesinados en los puertos de Sicilia, han logrado por fin descansar en paz (1).»

El mariscal Massena y el general Saint-Cyr fueron los encargados de ejecutar esta sentencia de muerte. José, hermano del emperador, debía, como representante de éste, hacerse cargo del mando supremo y ser despues el heredero de los Borbones.

Napoleon se encontraba en Munich, en el palacio del elector de Baviera, que estaba á punto de proclamarse rey: desde allí escribió, en 31 de diciembre, á su hermano diciéndole que por medio de un rodeo se dirigiera á Roma y comenzara á marchar sobre Nápoles. Con la misma fecha de 31 de diciembre escribióle una segunda carta, que tambien merece ser copiada, como monumento de la situación que Napoleon ocupó desde entonces. Decía así: «Hermano mio: He pedido por esposa para el príncipe Eugenio á la princesa Augusta, hija del elector de Baviera, que es una jóven hermosísima. El matrimonio está convenido. He pedido otra princesa para el príncipe Jerónimo. Como á este último lo habeis visto, decidme si puedo contar con que haga lo que deseo. Tambien proyecto una boda entre vuestra hija mayor y un príncipe niño todavía, que puede algun dia ser un gran príncipe (2).»

CAPÍTULO IV

ULTIMOS ESFUERZOS DE PRUSIA PARA CONQUISTAR EL HANNOVER Y CONSEGUIR LA PAZ

A un monarca prusiano no se le podía pedir una política francesa ni inglesa, ni rusa, ni austriaca, sino simplemente una política prusiana; y exigiendo el interés de Prusia no la guerra sino la paz, era necesario que procurase la paz, pues hubiera sido violar sus mas sagrados deberes el obligar á Prusia á desangrarse en una guerra que no tenía un fin prusiano y en la cual todas las cortes no hablaban mas que de la libertad de Europa y de los derechos de los pueblos, cuando en realidad cada una de ellas no pensaba para nada en los demás y solo se cuidaba de sus propios intereses y

(1) *Corresp.*, XI, págs. 509-510.
(2) *Corresp.*, XI, pág. 319.

poderío. A la corte de Berlin tocaba resolver lo que era de interés de Prusia y lo que no lo era, teniendo siempre en cuenta el hecho de estar rodeada por todas partes de enemistades y de antipatías, siendo la principal enemiga aquella confederación de la anarquía feudal eclesiástica y laica que se denominaba Sacro Romano Imperio, y cuya posición era insostenible y estaba llena de dificultades. Prusia estaba, por decirlo así, enclavada entre dos sociedades que mutuamente se combatían, de las cuales la una se acercaba á su ocaso, mientras la otra acababa de nacer, y sus apuros consistían precisamente en que debía desear la ruina de la primera y la victoria de la segunda, sin que pudiera mas que desearla. Para contribuir á este fin no estaba autorizada ni era bastante fuerte en territorios, y esto se traducía mas ó menos involuntariamente, mas ó menos inconscientemente en aquella poco noble inacción, en aquella poco famosa neutralidad que ha atraído tan duras censuras de los contemporáneos y de la posteridad sobre el «sistema» seguido por la corte prusiana durante los diez años que transcurrieron desde Basilea hasta Potsdam.

Toda política es una contienda sobre las preguntas: ¿Quién tiene mejor derecho? ¿cuál es la potencia mas poderosa? En la lucha por el derecho y por el poder el éxito decide, y el éxito con mucha frecuencia es tal que los beligerantes pueden decir de antemano lo que en tiempo del segundo imperio escribía Guizot: *Nous sommes tous vaincus*, «todos hemos sido vencidos.» Ahora bien, como el éxito solo es conocido en toda su magnitud por la posteridad, de aquí que ésta sepa mejor que los contemporáneos quién tenía mejor derecho y en dónde estaba el mayor poder. Los partidos, sus hombres y sus programas se presentan de un modo muy distinto que en el calor del combate cuando se sabe á qué han venido á parar tales promesas, profecías y temores. Como el resultado de esta política de neutralidad fueron las catástrofes de Jena y de Auerstadt, de aquí dedujeron los contemporáneos y ha deducido durante largos años la posteridad que la política de la neutralidad era falsa y que una política diametralmente opuesta hubiera podido evitar aquellos fracasos. Precisamente cuando esta deducción imperaba en la quebrantada Prusia y fuera de ella, levantóse en la prensa una voz unánime que oponía á esta deducción otro principio, á saber: que el verdadero motivo de la neutralidad fué el convencimiento de la impotencia militar, y este convencimiento se vió justificado de un modo terrible por el 14 de octubre de 1806. «Si se ha demostrado matemáticamente que la lucha era desigual, que las dos potencias beligerantes se encontraban en aquella desproporción de fuerzas que hace inútil todo valor, espérese, por lo menos, antes de sucumbir á que llegue el momento en que el deber de defender el hogar propio sea ineludible y no dé lugar á elección alguna.» Así se expresaba el hombre de Estado que tan perfectamente conocía todo el rodaje de la máquina. «De boca del soldado, que solo presta oídos á su valor, de boca del ciudadano, á quien entusiasma y engaña la confianza del soldado, no se oía entonces este lenguaje. Necesitábase el valor para luchar contra la fuerza, y se necesitaba sobre todo un gran valor para confesar la propia debilidad. En Prusia pocos hombres había que conocieran el secreto de esta debilidad, y en sus discusiones no se atrevían á llamar sobre ella la atención porque mientras la debilidad permaneciera oculta, aun quedaba un resto de fuerza. Pero cuanto menos les era dado explicar al público la verdadera situación de las cosas, tanto mas engañada vivía la nación respecto de ella, y aun se creía en su antigua grandeza, cuando todas las grandezas que á su alrededor se habían levantado en otro tiempo habían sido derribadas. El país sufría con impaciencia que la Europa cambiara de modo de

ser sin consultar para nada á Prusia, y despues de haber pedido á voz en grito la paz, cuando esta paz preparaba en 1795 las cadenas para la Prusia, muchos comenzaron á llamar debilidades á los cálculos de los que pensaban friamente. El ejército prusiano se había convertido en «máquina estropeada,» y podía, al tratarse del ser y del no ser, intentar una lucha desesperada, pero el aplazamiento de esta lucha, mientras fuese compatible con el honor y con la existencia del Estado, era un precepto impuesto por el sentimiento de la propia conservación. Si se hubiese desconocido ó negado esto, la Prusia hubiera llegado dos años antes á Auerstadt.»

Quien tal escribía era el consejero secreto de gabinete de Federico Guillermo III, Lombard, el cual publicó en 1808 los *Materiaux pour servir á l'histoire des années 1805, 1806 et 1807. Dédicé aux prussiens par un ancien compatriote*. Esta obra no llevaba su nombre, pero es indudable que Lombard era su autor. Su exposición de la política prusiana comienza con el año 1805, durante el cual «quedó levantado el velo que cubría nuestra nulidad,» y en ella se señala la conquista del Hannover, lograda por el tratado de 15 de diciembre, como el último rayo de luz que precedió á las completas tinieblas en que quedó envuelta la historia de Prusia.

«Perdimos, — dice, — tres porciones de territorio apartadas que debilitaban á la monarquía, pues que aumentaban los puntos de contacto con otras potencias y hacían mayores las dificultades de la lucha. De ello habíamos ya tenido una prueba, y ninguna de las cuestiones en que entonces nos vimos envueltos hubiera existido á haber estado en condiciones de proteger aquellas posesiones perdidas y á haberse podido evitar la desmembración de territorio que de ello fué consecuencia. En compensación, obtuvimos el único país que, dada la situación de las cosas en aquel momento, podía aumentar realmente nuestra fortaleza, un país que nos indemnizaba cinco veces de nuestra pérdida por su población y por su extensión y mil veces por su importancia relativa. El Hannover nos daba contra Francia no solo grandes recursos sino tambien una frontera. Nienburg, Hameln y el Weser fueron el principio de la línea de defensa que nos faltaba. Estrechamente unidos con Sajonia, podíamos extender y completar esta línea. Sin lucha alguna conseguimos lo que hacia tres años venia siendo eterno objeto de nuestros deseos y de nuestra conveniencia, á saber: el alejamiento de las tropas francesas y la desaparición de mil conflictos y obstáculos que eran consecuencia necesaria de su proximidad. Y además, conseguimos que para lo sucesivo desapareciese el escollo ante el cual se estrellaba nuestra tranquilidad, escollo consistente en que el Hannover se viera envuelto en toda guerra de Inglaterra con Francia (1).»

Las razones que hacían desear la adquisición del Hannover por Prusia estaban reforzadas por otras que la hacían en extremo recomendable bajo el punto de vista del interés del mismo Hannover y de toda la Alemania del Norte. Hannoveriano de nacimiento era el ministro que, en 1808, escribía ajustando sus palabras por completo á sus obras: «Mi profesión de fe es siempre la misma: un sentimiento que me hace amar intensamente á mi patria nativa, la experiencia que he podido hacer fuera de Hannover, el conocimiento exacto de este país y de Prusia, y las consideraciones imparciales y exentas de toda preocupación que me sugieren los hechos, dicen bien claro que el Hannover y la Prusia hubieran debido felicitarse si se hubiera podido realizar de un modo legal la unión del primero con la segunda. Por esto, plenamente convencido de haber cumplido mis deberes y satisfecho mis

(1) *Materiaux*, págs. 137-138. El párrafo antes citado está en las págs. 94-96.

inclinaciones, he trabajado para conseguir aquella unión en cuanto se ofreció la posibilidad de hacerla sin deslealtad y sin vergüenza y de obtener la anuencia de la casa electoral de Brunswick que reinaba en Inglaterra.» Esta manera de pensar diferenciaba al baron Carlos Augusto de Hardenberg (que había nacido en 31 de mayo de 1750 en Effenrode, Hannover) de todos los hombres de Estado de su patria, los cuales consideraban abominable la idea de la anexión á Prusia. Sin embargo, la política con la cual esperaba Hardenberg conquistar para Prusia una provincia de Hannover le diferenciaba tambien de los hombres de Estado de su segunda patria, que si bien aspiraban al mismo fin, no deseaban llegar á él por los mismos medios. Poseer militarmente el Hannover era pueril; otra cosa era poseerlo como propiedad reconocida. La gran cuestión era siempre: ¿Cómo puede inducirse al rey de la Gran Bretaña á que se desprenda de su derecho como príncipe elector de Hannover, y cómo lograr que la dinastía welfa renuncie á su territorio patrimonial alemán? A esta cuestión había que agregar, desde 1803, esta otra: ¿Cómo se arroja á los franceses de aquel país y cómo, en el caso de que lo abandonen, se evita que vuelvan á él? Tales eran las cuestiones que de continuo ocupaban la atención de Hardenberg desde que, en agosto de 1803, se hizo cargo de la dirección de los Negocios extranjeros, y sobre todo desde que en 14 de abril de 1804 dirigió por sí solo el ministerio, hasta entonces desempeñado por el conde Haugwitz. De las revelaciones que se hacen en sus memorias, terminadas en 1808, y sobre todo de los documentos que las acompañan referentes al espíritu y tendencia de su gestión política, se desprende que Hardenberg, en agosto y setiembre de 1805 (2), estaba dispuesto, por consideración á la cuestión de Hannover, á firmar una alianza con Francia que contra su deseo ó con su anuencia podía convertir á Prusia en soldado mercenario de Napoleon, no solo envolviéndola en una guerra universal contra Inglaterra, Rusia y Austria, sino tambien alejándola de su misión nacional: política de aventuras contra la cual formuló sus protestas en 22 de agosto el conde Haugwitz y opuso su veto el mismo rey en 3 de octubre. En el cambio ocurrido en octubre, el Hannover volvió á ser el precio del ingreso de Prusia en la alianza guerrera contra Napoleon: un artículo secreto del convenio de Potsdam trataba de ello, y sobre este particular estableció el conde Metternich con lord Harrowby (3) una deplorable negociación, en la cual se vió bien claramente que el rey de Inglaterra oponía á este plan una resistencia invencible. No pudiendo, pues, obtenerse de Inglaterra que cediera buenamente el Hannover, era preciso ó renunciar á él ó apelar á la fuerza. La fuerza ofrecíala Napoleon por medio del tratado de 15 de diciembre, y era de esperar que Hardenberg lo aceptaría sin reparos, puesto que, con relación al Hannover, no era en manera alguna contrario á la idea de una alianza con Napoleon. En vez de esto, sin embargo, rechazó la «alianza ofensiva y defensiva» é hizo depender la adquisición del Hannover de una futura paz entre Francia é Inglaterra. En esto tuvo razón, pues quiso evitar que Prusia fuera el «satélite» visible de Francia y que Inglaterra se tomara por mar la venganza, contra la cual se hubiera encontrado Prusia completamente indefensa. Pero comprendió que el tratado con tales modificaciones dejaba de ser el que Napoleon había presentado y declarado por él obligatorio, y que, por consiguiente, lejos de haber sido aceptado, como algunos sostenían, dicho tratado había sido rechazado y sustituido arbitrariamente por otro.

(2) *Austria y Prusia*, tomo II, pág. 149.

(3) *Austria y Prusia*, tomo II, pág. 34.

Esta fué una grave falta política cometida por Hardenberg, pero de la cual se hizo exclusivamente responsable á Haugwitz. A esta gran falta siguió, durante la ausencia del conde Haugwitz, otra mucho mayor, en la cual tuvo buena parte Hardenberg, por mas que posteriormente quiso negarla y disimularla. Prusia se encontraba todavía en el majestuoso pié de guerra en que se había colocado en noviembre de 1805 y con el cual había comenzado á marchar en el mes de diciembre (1). El ejército prusiano movilizado constaba de 161,645 hombres, á los cuales vinieron á juntarse 40,000 hesseses y sajones; además de esto, estaban disponibles las tropas anglo-ruso-suecas que se encontraban en el bajo Elba y en el Weser, y que se componían por lo menos de 50,000 hombres. Para el hecho de que Napoleón aceptara el tratado modificado, no era indiferente la consideración de que, en el caso de un rompimiento, su ejército del Sur de Alemania podía verse atacado inmediatamente por 250,000 hombres, si bien, por otro lado, no debía de creer que este número de hombres se utilizase necesariamente para evitar la catástrofe que á Prusia amenazaba (2). Entonces era, y siguió siendo despues, general en jefe del «grueso del ejército» el duque Carlos de Brunswick: los planes de operaciones trazados demuestran evidentemente al mas lego en la materia cuán ineptos eran éste y los demás generales de aquel tiempo para derrotar y aun para combatir con honor á las colosales fuerzas de Napoleón. El distinguido especialista que por primera vez ha derramado luz sobre estos asuntos (3) dice textualmente: «Todas las disposiciones adoptadas por los prusianos llevan el sello de un artificio que da mas valor á las reglas y consideraciones del terreno deducidas de las especulaciones teóricas, que á la proporción de las fuerzas del adversario. Hasta el último plan de operaciones trazado en 9 de diciembre nadie toma en consideración la marcha de avance sobre el grueso del ejército enemigo; nadie destina á la empresa decisiva mas de la tercera parte de las fuerzas de que podía disponerse.» El mismo duque, en su plan de 1.º de noviembre (4), no quiso destinar á la marcha de avance sobre el Sur de Alemania mas que 75,000 hombres, y se imaginó que mientras los austriacos conservaran solamente el Tirol, «en vano querria Napoleón lanzarse sobre Viena.» El y el coronel Massenbach esperaban que con una simple maniobra podrian arrojar á los franceses de Austria y que con solo «amenazar sus comunicaciones con la retaguardia,» como entonces se decia, se le obligaria á retirarse al otro lado del Rhin. Una estrategia como la que de estos planes se desprende estaba condenada á dar siempre deplorables resultados, precisamente por no hacerse uso de todos los elementos en los cuales consiste principalmente la superioridad militar. De suerte que no habia que pensar en evitar la catástrofe que á este sistema estaba reservada en Prusia como en todas partes. Esto, sin embargo, en nada disminuye la gran falta política á que ahora hacemos referencia, y para explicarnos en cierto modo esta falta habríamos de leer un apéndice de Hardenberg, en el cual veríamos con alguna repugnancia cuán obcecado estaba acerca de la crisis por que pasaba Prusia y á la cual seguía negándose á prestar la mas pequeña atención.

Su posición oficial habia llegado á ser tal que apenas se comprende cómo pudo tolerarla, pues de la manera mas humillante se le habia hecho saber que no poseía ya la confian-

(1) *Los preparativos de guerra y los planes de operaciones de los prusianos de 1805, en las monografías de la historia de la guerra, del gran Estado Mayor general, 1883, l. 39.*

(2) *Los preparativos de guerra, etc., pág. 50.*

(3) *Los preparativos de guerra, etc., pág. 52.*

(4) Hardenberg: *Memorias*, tomo II, pág. 301.

za del rey y que habia perdido por completo la de los franceses. En diciembre de 1805 Napoleón habia ordenado á su embajador Laforest que evitara todo trato directo con él, pues no le perdonaba la evolución del mes de octubre. No menos motivos tenia el monarca para estar descontento de Hardenberg, pues habia expuesto seriamente su neutralidad con sus negociaciones de alianza con Duroc y Laforest, cuya repentina ruptura le habia sido imputada como traición. El rey manifestó el descontento que ello le habia producido llamando, sin consultar previamente con Hardenberg, al conde Haugwitz, decidido adversario de estas negociaciones de alianza, á la «gestión general» en la dirección de los Negocios extranjeros (5), creando con esto una situación que hubiera debido obligar á Hardenberg á retirarse. Una irresistible fuerza de ilusión le retuvo, sin embargo, en su puesto, alentado por proyectos completamente frágiles, cuando la situación cambió fundamentalmente creándose otra nueva en la cual no pudo en manera alguna entrar.

Todavía en 11 de enero de 1806 formuló respecto de la innovación que en lo relativo á las fronteras prusianas, y teniendo en cuenta la paz futura, presentó Haugwitz en París, varias exigencias que debían ser consideradas como fantásticas y quiméricas y parecer incomprensibles, pues de nuevo se manejaba el ya modificado tratado de 15 de diciembre como un pedazo de cera blanda apto para que cada prusiano le diera la forma que tuviera por mas conveniente (6). El Hannover debía ser naturalmente prusiano, y además de él debían serlo Hamburgo, Brema y Lubeck, dándose como principal razón para ello el que no se concebía que no lo fuesen. Ansbach, que ya habia sido abandonada, debía continuar siendo prusiana y formar, con Baireuth, al cual se agregarían los territorios de Bamberg, Schweinfur, Rothenburg y Nuremberg, una extensa cuña dentro de la Alemania del Sur, pudiendo indemnizarse á Baviera, en Westfalia, con el condado de Marck, el ducado de Berg, Essen, Elten, Werden, Munster, Tecklenburg y Osnabruk. En esta parte, en el Noroeste, Prusia solo conservaría la Frisia oriental, Minden y Ravensberg, Lippstadt, Paderborn, Hoya y Diepholz, pues la Prusia no podía engrandecerse hacia el Oeste, sino «hacia el Sur, y probablemente hacia las orillas del Vístula.» «¿Quién sabe, decia, la suerte que la fuerza de las circunstancias tiene reservada á Hesse, Sajonia y Bohemia? Prusia no puede detenerse en su engrandecimiento sin causar su ruina, y el que siga el curso trazado por los cuatro últimos siglos avanzará por la misma senda que yo marco. Entretanto, una posesión, poco importante en sí misma, en Franconia sería de gran valor para Prusia y prepararía el terreno para ulteriores engrandecimientos. Se dice que esta posesión está lejos y que tales engrandecimientos son inseguros, pues el rey no saqueará á sus enemigos, pero ¿qué cambios no puede traer paulatinamente consigo la crisis actual? El tratado entre Francia y Austria asesta á Alemania tan terrible golpe, que este antiguo edificio ha de sucumbir necesariamente á la primera acometida de que sea objeto. Los sucesos decidirán la cuestión, y hasta entonces Prusia tendría, con esta provincia de Franconia, seguros los países que la separan del cuerpo de la monarquía y muchos que con ella confinan, y uniría estos países al sistema prusiano. En Westfalia conseguiría yo de esta suerte tener una masa intermedia y considerable para separar á la Prusia de la Francia.»

Hardenberg permaneció, como veremos, mas aferrado á su opinión acerca de la tendencia dentro de la cual Prusia

(5) Hardenberg: *Memorias*, tomo II, pág. 301.

(6) Hardenberg: *Memorias*, tomo II, págs. 417-429.

no podría engrandecerse, que á la que habia manifestado respecto de su campo natural de engrandecimiento. Anotamos aquí esta manifestación porque como hecho real contrasta de un modo muy marcado con la penosa situación de la corte de Prusia, que mas tenia que pensar en la seguridad de sus propias fronteras que en la modificación é invasión de las ajenas. Ella además constituye un nuevo rasgo que distingue á Hardenberg de todos los hombres de Estado prusianos de aquellos dias. Haugwitz, Lombard, Beyme y

Kockeritz conocían por completo, ó por lo menos sentían instintivamente, la debilidad de Prusia, pero solo se atrevían á confesársela á sí mismos y en manera alguna á los demás. En cambio Hardenberg, como lo demuestran todos los pasajes de sus memorias, no conocía ni sospechaba la verdadera situación de las cosas, y la sospecha estaba tan lejos de su ánimo, que ni una vez sintió la necesidad de adquirir poco ni mucho aquel conocimiento. Cuando, como ministro, partía del principio de que el genio y el poder de Napoleón



Lombard, consejero secretó de gabinete (cuadro original que se encuentra en Colonia en poder de un particular).

habían sido extraordinariamente exagerados, de que Prusia carecía mas de fuerza moral que de fuerza material y de que por tanto lo único que se necesitaba era no espantarse, no sabia literalmente lo que se hacia.

El dia 14 de enero el conde Haugwitz, portador de todos los documentos que hacían referencia á la ratificación del dia 4 del propio mes, púsose en camino para avistarse con Napoleón, llevando además consigo una carta del rey que, á pesar de ser muy lacónica, contenía un párrafo muy humillante para Hardenberg. Este párrafo decia: «La acogida que V. M. ha dispensado al conde Haugwitz me impulsa á confiarle esta misión, por mas que me sea muy sensible separarme nuevamente de él (1).»

Cuando Haugwitz emprendió el viaje, Napoleón y Talleyrand se encontraban en Munich, á donde habia expedido Laforest, en 4 de enero, el correo con la ratificación y los

documentos oportunos. El mismo correo regresó, en 23 de enero (2), con un despacho de Talleyrand que, fechado el dia 16, estaba concebido en los siguientes términos:

«Por conducto del señor baron de Schladen he sabido que el conde Haugwitz tenia orden de avistarse de nuevo con el emperador y rey y que se encontraba precisamente en Francfort. Le he hecho saber que S. M. recibiría de muy buena gana al conde Haugwitz y que podia proseguir su viaje á París. El conocimiento que el emperador tiene formado del carácter y de las dotes personales del señor conde Haugwitz le da el convencimiento de que le será fácil entenderse con este ministro acerca de todo cuanto afecta á los intereses comunes de Francia y de Prusia. S. M., además, saluda con satisfacción todo paso que se dé para fortalecer los lazos de

(2) Esta es la fecha reproducida por Hardenberg. Laforest, sin embargo, dice que el dia de la llegada fué el 24. Véase su memoria de 26 de enero que citaremos mas adelante.

(1) *Memorias*, tomo II, pág. 430.